

Mayra Beatriz
Martínez

*Editar in situ
y editar al editor:
reflexiones en torno
a dos experiencias
alternativas**

A punto de finalizar este coloquio, quiero apenas introducir un tema para el cual no traigo conclusiones definitivas. Pero me parece justo —dentro de los límites que fija este encuentro dedicado al hombre que escribe y su tiempo— detenernos a pensar un poco en la relación de ese hombre que escribe con su espacio: el espacio que fue su ámbito y el espacio particular que él creó con y para su obra. Me refiero, desde luego, por un lado, al espacio físico en que se contextualiza el documento que nos ocupa, junto a la aprehensión de los mensajes referidos que de él dimanar; y, por otra parte, al espacio digamos *textual*, o sea el voluntariamente concebido por el autor a través de la palabra u otros medios afines, con el propósito de hacer llegar eficazmente su mensaje al presunto receptor.

Respecto al trabajo con el espacio físico que puede resultar indispensable a determinado tipo de obras cuya referencialidad ambiental es muy grande, quiero recordar una edición en la que comencé a trabajar hace unos diez años y que vería la luz en 1996: la primera edición crítica de los *Diarios de campaña* de José Martí, su última relación de viaje, que espero algunos de ustedes conozcan y para la cual el archivo de la Oficina del Consejo de Estado puso a disposición los manuscritos martianos. El coitejo se realizó, verdaderamente, en dos partes: la primera la efectuó Froilán Escobar —autor del proyecto editorial— y yo la se-

* Ponencia presentada al Coloquio Internacional sobre Ediciones Críticas «El Hombre y su Tiempo», celebrado en el Centro de Estudios Martianos, La Habana, el 21 y 22 de octubre de 2003.

gunda —cuando lo heredé. Quisimos efectuar una transcripción absolutamente literal —exacta: respetando la ortografía de la época, el especial uso martiano de las abreviaturas, las notas que agregara al margen o entre líneas, e, incluso, manteniendo las inexactitudes o errores del autor, de contenido o de esa escritura urgida por los acontecimientos —aunque no dejan de ser comentados adecuadamente.

Desde luego, hay que partir de que no fue una labor afrontada «canónicamente». Las normas de elaboración de su aparato crítico pueden ser hoy harto discutibles —incluso por mí—, pero es mi deber salvar —por encima de cualquier crítica o autocrítica— el aporte que juzgo más significativo de esa edición, capaz de superar la importancia misma del acucioso cotejo que se hizo contra los originales, y que implicara hasta la aplicación de técnicas de la esfera criminalística para sacar a la luz fragmentos que se creían irremediabilmente perdidos. Me refiero al cotejo de los textos con la vida.

No estoy para nada usando una imagen poética. Eso fue lo que exactamente hice y fue un proceder que demandó la propia dinámica interna del trabajo. Y creo que si alguna deficiencia grande puede achacársele es, justamente, no haber podido proceder así con la totalidad del material. Los que conocen la edición citada, se habrán dado cuenta de que, si bien pudimos rehacer la ruta martiana en suelo cubano —en realidad por tierra y, también, por aire—, no fue factible reeditar el recorrido realizado por el Apóstol en República Dominicana, Haití y Gran Inagua, como hubiera merecido la más cabal comprensión del texto. No obstante, se trató de suplir este déficit dentro de lo aceptable: reproduje este primer periplo de Montecristi a Cabo Haitiano con todo cuidado, texto en mano, y sobre los mapas más precisos de que dispuse. Los resultados fueron realmente asombrosos y bien distanciadores de versiones anteriores.

Quienes hayan leído esa primera parte del último relato de viaje de Martí en otras ediciones, recordarán la presencia de un evidente desorden cronológico en las anotaciones, que, a la larga, dislocaba el entendimiento y que no parecía responder a voluntarias retrospectivas del autor. Ya entre su primera edición, aparecida bajo el título de *Páginas de un diario* —al cuidado de Manuel Sanguily, hijo (de 1932)—, y la inmediatamente posterior (de 1938), saltaban a la vista notables discrepancias

en cuanto al orden en que aparecían ubicados los bloques de notas diarias. Las *Obras completas*, publicadas entre 1963 y 1965, por poner un caso más, en gran medida regresan a la edición príncipe, y mantienen la incoherencia citada. Estas observaciones preliminares me pusieron alerta: si bien la problemática interpretación de estas anotaciones podía ser atribuida, en buena parte, a errores y titubeos en el fechado por parte del autor, a causa de las precarias condiciones en que fueron escribiéndose —a veces días después de ocurridos los hechos que narra—, otro factor demostró ser el decisivo. Sanguily Aristí lo había testimoniado desde un principio en su prólogo de 1932, aunque pasara inadvertida la literalidad de sus afirmaciones. Allí decía: «Hallé [...] este manuscrito *sin rotular* y hasta ahora inédito [...]. Estas cuartillas deshilvanadas y a ratos en desorden, trazadas por noble y nerviosa mano [...]. Son, según señalaba y se irá apreciando, expresiones inconexas, —denunciadoras de existencia intranquila y sin sosiego— [...] pertenecientes a un Diario *lamentablemente fraccionado*.»¹

El título original no había sido gratuito: *Páginas de un diario*. Con los manuscritos en la mano, nos dimos cuenta de que no se trataba de un cuaderno, sino de hojas sueltas, de semejante tamaño pero de diversa apariencia —rayadas por completo algunas, lisas otras; o con una sola raya en la parte superior o inferior; incluso cuadrículadas—, y sin huellas de haber estado alguna vez cosidas, pegadas, presilladas o unidas de algún modo. Su foliación —la cual enumera hojas, no páginas— fue realizada en el margen derecho, esquina superior, con rasgos muy finos y con tinta de apariencia antigua, aunque no parece corresponder a la caligrafía martiana —los rasgos son semejantes, en cambio, a los que aparecen en una primera hoja, a modo de carátula, donde se lee: «M. Diario». En realidad, presumo que las hojas fueron numeradas de una vez —y después de redactado el texto—, pues el trazo dejado por la pluma nunca se corresponde al de las anotaciones martianas más inmediatas, ni en forma, ni en grosor o intensidad, además de que ese orden que establecían contradecía —como ya sabíamos— la sucesión lógica de pensamientos y hechos que el autor estaba narrando.

¹ José Martí: *Páginas de un diario*, pról. de Manuel Sanguily Aristí, Molina y Cía., La Habana, 1932. El destaque es nuestro.

Existe la posibilidad de que el propio Sanguily Aristí lo foliara en su carácter de primer editor —recordemos que él mismo mencionaba que halló un «manuscrito sin rotular», o sea, sin título, sin encabezamiento, sin ningún tipo de inscripción identificativa—, cuando lo tomara del archivo de su padre —quien, a su vez, lo recibiera de manos de Carmen Miyares, en febrero de 1910.

Tengamos en cuenta que el propio Martí era consciente de semejante desorden y había pedido a sus niñas —María y Carmen Mantilla—, en su dedicatoria, y cito: «Por las fechas arreglen esos apuntes[...]». Sanguily, en su momento, no consiguió —o no se propuso, en el caso de que recibiera las hojas ya numeradas— darles una disposición lógica. Las ediciones posteriores detectaron, sin duda, el problema e intentaron introducir algunos ajustes; mas, cuando llega a mis manos después de sesenta años de publicado y un siglo de concebido, todavía la intelección resultaba tortuosa.

La disyuntiva era, pues: aceptar el orden de la edición príncipe —es decir, proceder «canónicamente»—, o disponer los bloques de texto a partir de formular una presunción en torno a cómo debieron ocurrir los hechos en la vida —lo que sería proceder «hipotéticamente», entonces. Y fue lo que hice.

Desde luego, no pude limitarme al presunto ordenamiento cronológico que recomendara el Apóstol, porque se mantenían muchas de las incoherencias: solo el trabajo con el espacio —la imaginaria reproducción de la ruta— permitió detectar y corregir —al pie, desde luego— errores de fechado y proponer una nueva ubicación para las hojas sueltas, que garantizara una secuencia razonable de acontecimientos en tiempo y espacio. La edición introduce un total de siete variaciones en el ordenamiento de los días y se detectaron muchísimos errores de fechado a partir del seguimiento lógico del recorrido. Una más detallada y bien farragosa descripción de cómo procedí —y la mención de algunas de las más controvertidas suposiciones a que estos arreglos daban lugar—, puede ser encontrada en el prólogo a la edición de 1996. Y, para mayor claridad de los puristas, les aseguro que toda variación introducida fue explicada, lujosamente, a pie de página.

La segunda parte del trabajo, o sea el diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos, presentaba otras características y dificultades de

distinto orden. Es una pequeña libreta compuesta por 28 pliegos —uno en blanco— paginados consecutivamente, sin lugar a duda, por el propio Martí —de la 1 a la 57— y de la cual faltan cuatro páginas —de la 28 a la 31, correspondientes, como es bien conocido, a la jornada posterior a los sucesos de La Mejorana. Fue publicado, por primera vez, intercalado cronológicamente en la primera edición del diario de Gómez de 1940. Sólo se vuelve a los originales, aunque sin resultados notablemente diferentes, en la edición de las *Obras completas* (1963-1965). De las publicaciones aparecidas subsiguientemente, a mi juicio, es la de Nuria Grégori la que introduce las más serias correcciones.

Por mi parte el cotejo me resultó bastante agotador ante el deterioro del manuscrito que lo hace parcialmente ilegible. Tuve el privilegio de que en el momento en que yo realizo mi lectura de los originales, se recibieran, procedentes de un laboratorio del Ministerio del Interior, el resultado del trabajo de rayos X efectuado sobre algunas de las zonas donde la caligrafía estaba desvanecida y para las cuales, tradicionalmente, se habían arriesgado interpretaciones erróneas. Es el caso significativo, por ejemplo de las páginas 1 y 5 (en el ya citado prólogo, los interesados pueden apreciar comparativamente los cambios del texto tradicional que nuestra edición ofrece). (Véanse ilustraciones en las páginas siguientes y los anexos insertados al final.)

Sin embargo, ya se había aguzado mi desconfianza por las inexactitudes halladas en el diario anterior y se había alimentado mi curiosidad por las variaciones apreciables en la secuencia de campamentos establecidos por las distintas reediciones conocidas de la ruta —la primera protagonizada nada menos que por uno de los expedicionarios sobrevivientes, Marcos del Rosario, en 1922. Incluso esta última llegaba en ocasiones a oponerse a la versión martiana de los hechos. Lo mismo sucedía si cotejaba el diario martiano con el del Generalísimo. Decidí irme yo, también, a los escenarios reales: texto en mano, como lo había hecho Froilán una década antes, en busca de testimonios de los viejitos centenarios que pudieron darles las inolvidables imágenes de su *Martí a flor de labios*. Mi propósito fue, desde luego, otro y de orden más práctico e inmediato: cotejar la lectura con el entorno, tratando de reproducir en la medida de lo posible el recorrido, en las condiciones y en los plazos martianos. Objeti-

vos: corroborar o corregir toponimia, realizar el ordenamiento del recorrido, descubrir presumibles errores en el fechado y, paralelamente, encontrar y fotografiar los escenarios naturales por él descritos, lo cual debería permitir fundamentar algunas de las aseveraciones anteriores.

Estuve obligada a comenzar por una previa revisión de la bibliografía generada por los viajes anteriores, los que daban cuenta de diferentes rutas para el mismo trayecto, y señalaban desiguales sitios de descanso y campamento para el grupo expedicionario. El proceso culminó con la comprobación práctica de casi todo el itinerario que, aunque no proporcionó respuestas definitivas en todos los casos, sí aportó elementos de mucho interés. En algunas ocasiones sirvió para rectificar lecturas erróneas del original: como el caso del sitio denominado Tontina, que, a pesar de haber sido correctamente escrito por Martí, se insistía en transcribir como «Fontina», entendiendo «F» por «T». En otros casos encuentro, no las mismas, sino denominaciones evolucionadas a partir de las antiguas referidas por Martí, lo cual contribuye a esclarecer dudas respecto a la ruta seguida y a la propia interpretación del texto.

Veamos, por ejemplo, lo sucedido en torno a La Prudencia, a nuestro juicio el campamento catorce, que con frecuencia se situaba en Aguacate —donde incluso permanece erigido un monumento recordatorio. Martí había terminado las anotaciones de ese día —1^{ro} de mayo— apuntando: «Es la Demajagua». Tal mención, interpretada incorrectamente como alusión a Céspedes y su alzamiento, descubrimos que tenía una intelección simple, recta, puramente denotativa: indagando en torno al posible emplazamiento de la casa de Luciano García, «La Prudencia» —que fuera señalada por el Generalísimo como el lugar preciso en que pernoctaron y mencionada por Martí apenas como «la casa del español malo»—, me enteré de la existencia en las inmediaciones del río «Majagua» e intuí la posibilidad del error: al oír el dato de boca de un campesino, Martí debió escuchar mal e interpretar que se trataba de tierra «Demajagua» en lugar «de Majagua», refiriéndose al río. Así pude establecer que no debieron hacer nunca noche en Aguacate, efectivamente, sino en la casa de García, ubicada en la *Demajagua* martiana, es decir, en tierras *de Majagua*, finca La Prudencia. Pesquisas de ese

tipo permitieron establecer una nueva propuesta de 24 campamentos y la corrección de la ruta, amén de precisiones en el contenido, imprescindibles a la presentación contemporánea de texto tan sugerente como conciso —tal lo concerniente a localismos y a denominaciones regionales de especies de la flora y la fauna cubanas no necesariamente recogidas en la literatura científica. Recordemos, apenas, el caso de los lagartijos que, según Martí, «quiquiquean» —me refiero al momento en que, en medio de una de las más hermosas descripciones del campo cubano que se hayan escrito nunca, Martí asegura: «el lagartijo *quiquiquea*, y su coro le responde». ² En realidad, los biólogos consultados nos aseguraron que los lagartijos no emiten sonido alguno, pero sólo los campesinos pudieron informar que los que «quiquiquean», según la expresión popular, son los llamados «tolines», «como una especie de ranitas». No las pudimos identificar científicamente. Eso uno no puede esperar encontrarlo en un libro.

Y, entonces, surge la pregunta: ¿acaso un editor puede tomarse semejantes atribuciones? Desde luego, no estoy muy segura, pero sí satisfecha con el resultado: los textos, dentro de lo posible, han ganado en claridad y su nutrida información en torno a la cultura de la campaña cubana se ha precisado, sin mengua de la expresión literaria martiana. Naturalmente, una próxima edición está en el deber de completar lo que no pudimos o no supimos hacer.

Hoy vuelvo a hallarme ante un caso de índole diferente pero que, también, requiere de decisiones alternativas. Trabajo en la edición crítica de los textos de Martí que aparecieron en el mensuario *La América* de Nueva York, entre marzo de 1883 y julio de 1884, publicación que dirigió, además, durante poco más de un año. Este período de dirección martiana, que le otorga el control absoluto de todo lo publicado —fuera o no escrito por él— me pone, justamente, ante un espacio textual como al que me refería al inicio: Martí es redactor y, a la vez, corrector, en ocasiones traductor, y especialmente editor de cada número.

² José Martí: *Diarios de campaña*, prolog. y edición crítica de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, p. 7, Casa Editora Abril, La Habana, 1996. El destaque es nuestro.

Lo trabaja por piezas y de conjunto. Conformar un universo preciso, con secuencias de textos diversos, donde el ordenamiento, el puntaje y el estilo con que se trabaja cada texto y con el que se elabora el sumario de cada número, la creación de titulares y subtítulos, el determinado espacio que se le otorga a los trabajos, la selección y ubicación de las imágenes empleadas, nos comunican siempre algo. Son esos elementos que, a juicio de Gérard Genette, rodean y prolongan al texto, lo materializan: «precisamente para *presentarlo*, en el sentido habitual de este verbo, pero también en su sentido más fuerte: para hacerlo *presente*, para asegurar su presencia en el mundo, su “recepción” y su consumo».³ Se trata de los denominados *paratextos*, que acompañan al libro y que, también, son apreciables en la presentación de una publicación periódica: tienen la función, al cabo, de materializar la propuesta, apoyar la política editorial, dar determinada vestimenta a los materiales, dirigir al receptor en su lectura; componer, en fin, y parafraseando a Genette, un discurso auxiliar y consagrado al servicio.

En tal sentido aprecio la necesidad de que una edición crítica incluya los elementos paratextuales martianos cuando los hubiere: haga espacio, por ejemplo, a los sumarios que redactara, aplicando el mismo tipo de valoración que él empleara para cada título incluido en la secuencia. Porque hay que subrayar que Martí, hombre de prensa al fin, tenía un dominio pleno de los destaques. No utilizaba nada gratuitamente: sabía bien cuándo emplear altas, cuándo negritas, el tamaño de letra necesario... Cómo disponer el orden de presentación apropiado. Cómo balancear temáticamente. Ese trabajo debía intentar reproducirse de alguna forma en nuestra edición. Se debía, de igual modo, hacer referencia a la imagen de cada número: ¿Qué grabados lleva a primera página? ¿En qué trabajos despliega gráfica y a cuáles priva de ella? La propia inclusión de determinados textos que pensemos que no son de su autoría también es relevante porque constituyen una apoyatura a su propuesta: podrían ser comprendidos, al menos como anexos.

³ Gérard Genette: «El paratexto. Introducción a Umbral», *Criterios*, (25-28): 43; Casa de las Américas, La Habana, 1990.

¿No es evidente que texto y paratexto deben ofrecerse juntos, si pretendemos la mayor cercanía al espíritu y la forma original de la obra? ¿Acaso no es indiscutible su concernencia?

Yo apostaría de plano, naturalmente, por una solución que consiguiera expresar la autoría martiana también respecto a ese espacio concebido para complementar, defender y precisar sus ideas, que nos permitiría hoy una percepción más auténtica de sus mensajes. Sin embargo, no puede obviarse que el caso que traigo a colación tributa y responde a un proyecto mayor —el de la edición crítica de las obras completas del Centro de Estudios Martianos— y que una decisión como la que pretendo, obviamente, violenta lo hasta ahora establecido. Por tanto, las determinaciones finales aún no han sido tomadas y han de ser analizadas con detenimiento.

De cualquier modo, no puedo dejar de anotar, a partir de mi experiencia, que nuestra voluntad de búsqueda y descubrimiento del hombre y su tiempo, ha de ser, al mismo tiempo, la elucidación de la relación del hombre con su espacio; y que esta, en la medida de lo posible y en ciertos casos particulares, debe pasar, incluso, por la percepción sensible de tales espacios por parte del investigador-editor. Sólo así he hallado yo la revelación más completa●

(Siguen anexos)

Anexo 1

17.—La mañana en el campamento.—Mataron res ayer, y al salir el sol, ya están los grupos a los calderos. Domitila, ágil y buena, con su pañuelo egipcio, salta el monte, y trae el pañuelo lleno de tomates, culantro y orégano. Uno me da un chopo de malanga. Otro, en taza caliente, guarapo y hojas. Muelen un mazo de cañas. Al fondo de la casa, la vertiente [...] * cargada de cocos y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de potreros; por los claros, naranjos: alrededor los montes, redondos y verdes: y el cielo** azul arriba, con sus nubes blancas, y una paloma [...]*** en la nube.—Libertad**** en lo azul.—

(Tomado de José Martí: *Diario de campaña*, p. 11, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.)

Este fragmento forma parte de la transcripción de los manuscritos que aparece en la versión del *Diario de campaña* martiano de 1985. En esa edición se da cuenta —en aclaraciones textuales que reproducimos a continuación— la intelección harto dudosa que se había realizado históricamente, a causa del lamentable estado de esta página quinta del texto. Se aclara el uso de los volados:

* OC y NG: «con sus sitieríos».

** OC y NG: «el infinito».

*** NG: «se esconde».

**** NG: «Vuelo». Aunque en el original están borradas las primeras letras de la palabra «Libertad», se ve un espacio como de dos sílabas entre el final de la frase anterior y el final de esta palabra. Quesada y Miranda, que vio el manuscrito cuando se hallaba en mejores condiciones, así lo transcribe. Preferimos la lección inicial. (Ed. cit., p. 109)

Las siglas OC y NG se refieren, respectivamente, a la versión de diario aparecido en el tomo 19 de las *Obras completas* de Martí y a la facsimilar realizada por Nuria Gregori.

Esta edición de 1985 añade o completa signos de puntuación, comillas, subrayados y signos de interrogación y de admiración, «cuya ausencia en el manuscrito se debe evidentemente a la prisa con que fue redactado». En especial, las palabras dudosas las coloca entre corchetes y sustituye las ilegibles por puntos suspensivos también entre corchetes.

En el fragmento citado, se marcan las zonas cuyo entendimiento variará tras la lectura propuesta por la edición de 1996, que se facilitará por la aplicación de rayos X.

Anexo 2

17.—La mañana en el campamento.—Mataron res ayer, y al sentir el sol, ya estan los grupos á los calderos. Domitila, agíl y buena, con su pañuelo egipcio, salta el monte, y trae el pañuelo lleno de tomates, culantro y orégano. Uno me da un chopo de malanga. Otro, en taza caliente, guarapo y hojas. Muelen un mazo de cañas. Al fondo de la casa, la vertiente cara al río, cargada de casas y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de palmas; por los claros, naranjos: al rededor los montes, redondos y verdes: y el cielo azul arriba, con sus nubes blancas, y una palma, mitad en la nube, —mitad en lo azul.—

(Tomado de José Martí: *Diarios de campaña*, ed. crítica, presentación y notas Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, p. 250, Casa Editora Abril-Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1996.)

Esta es la transcripción de la quinta página del diario martiano de Cabo Haitiano a Dos Ríos propuesta por los *Diarios de campaña* de 1996. Se marcan, igualmente, las zonas cuya lectura varió. En la imagen correspondiente a la aplicación de los rayos X, puede observarse cómo la zona central izquierda del manuscrito resulta notablemente más inteligible.

Puede advertirse, asimismo, que la versión de 1996 presenta un estilo editorial diferente al de 1985: respeto de la ortografía de la época, del peculiar uso martiano de la puntuación y del empleo de abreviaturas, entre otros elementos. Pretendió una reproducción lo más fiel posible de los manuscritos. El uso de la cursiva para todo el texto trasunta la escritura a mano de los originales. No se incluyen los volados correspondientes a las notas al pie.